

MI SAN MIGUEL ENTRE REJAS

Cárcel de Enguera. 29-Septiembre-1940

Va el astro rey apagando
los destellos de su foco.
La noche va poco a poco
su bella luz devorando
y se esfuman sus fulgores
en la gama de colores
de suaves tonalidades
azul, violeta, amaranto,
trama y urdimbre de un manto
de negras oscuridades.



Desde el Patio de la Luna
de esta cárcel enguerina
donde nadie me importuna,
veo a la noche prístina
sus puertas abrir despacio
mientras pueblan el espacio
las estrellas y luceros
que con el cielo se escudan,
desde donde me saludan
como fieles compañeros.

¡Oh, luceros, no mirar
con vuestra luz vacilante!
¿No estáis viendo mi semblante
casi a punto de llorar?
Está de fiestas Enguera,
y es para mí cruel quimera
este Día de San Miguel
que la suerte me destina.
Para el alma, es una espina,
para el cuerpo, amarga hiel.

En la cárcel prisionero,
mi corazón dolorido
late con fuerza al sonido
del repique campanero;
y ese volteo que siento,
recuerda a mi pensamiento

horas de felicidad
de otros viejos Sanmiguelos



que no conocí las hieles
de la negra adversidad.

Yo, que por tierras lejanas
añoraba cierto día
con dulce melancolía
las voces de esas campanas,
quiere el destino fatal,
que hoy, en mi pueblo natal,
oiga desde la prisión,
como la campana Gorda
de alegría se desborda
al salir la Procesión;



y contemplo con la mente
de abatido presidiario
el bullicio extraordinario
que va formando la gente
en la Iglesia congregada,
mientras desciende la grada

entre luces de oropel
que el alma arroba y fascina,
la imagen bella y divina
del Arcángel San Miguel.



Así, la imaginación
concibe en todo detalle,
como se alinea en la calle
la imponente procesión;
con qué muda devoción
va el cortejo de la fe
donde otras veces formé,
y como viene avanzando
lenta, y al paso bajando
la calle de San José...

Ahora, ya percibo el tono
de una musiquilla suave,
y adivino el ritmo grave
del Arcángel en su trono;
la belleza y apostura
de su bélica figura
graciosa, excelsa y marcial,
que entusiasmo y maravilla,
a cuyas plantas se humilla
la soberbia de Belial.



En mi celda, al ventanillo
tengo pegada la cara,
por donde atisbo una clara
de la reja del rastrillo,

y en ella la vista fija,
contemplo por la rendija
que devoran mis pupilas,
un trozo de libertad
que alumbra la claridad
de los cirios de dos filas...

¡Y lo vi! Solo un momento,
y fue la fugaz visión
como una alucinación
que sufriera el pensamiento.
Un nimbo de luz dorada,
el refulgir de una espada,
el brillo de una cimera,
y el destello de un escudo.
¡Es cuanto mi vista pudo
ver del San Miguel de Enguera!



¡Oh, Patrón, qué dura suerte
fue la cárcel este día,
sin gozar de la alegría
de hallarme en la calle y verte,
para poder ofrecerte
con honda veneración,
las preces de una oración
que den pago a los agravios
poniendo en tus pies mis labios
mientras me das tu perdón...

PEPE CIGES PÉREZ

Nota.-

*Las imágenes que no son de La Sierra, fundación de la CV,
han sido tomadas de los blogs carmelitas.org o de
josemariasimón-boti*